

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

---

EL MANUSCRITO  
DE  
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

por

D. Eusebio Planas.

---

Entregas 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16.

---

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, núm. 14.

1872.

Cuaderno tercero de ocho entregas.

L47  
2219

EL MANUSCRITO

# UNA MADRE.

NOVELA DE COSTUMBRES

ENRIQUE PEREZ ESCOBAR

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DEDICADAS

A D. Eusebio Pizarro

Entregas 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. y 16.

MADRID.

ROSE ASTOR Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle de las Hilerías, núm. 14.

1878

Cuaderno tercero de ocho entregas.

pensando que él había dado ocasion al médico para que pensara en lo que indudablemente había olvidado.

Samuel se colocó el cofrecillo debajo del brazo y salió de la alcoba.

Daniel continuaba abismado en su dolor.

—Las lágrimas son un desahogo,—se dijo el doctor hablando consigo mismo,—dejémosle que lllore.

En este momento entró el sacerdote que venia á cumplir su palabra á la enferma.

La actitud, la espresion triste de los personajes que se hallaban en aquella sala le hizo comprender que habia llegado tarde.

—¡Ha muerto!—le dijo en voz baja el doctor, comprendiendo en la mirada del sacerdote que le preguntaba por doña Ángela.—Le recomiendo á usted á Daniel. El cadáver de su madre está en la cama.

El sacerdote entró en la alcoba, oró algunos minutos arrodillado junto á la muerta, y luego, volviendo á salir, fué á sentarse al lado de Daniel.

Mientras tanto, el doctor se paseaba por la sala con el cofrecillo debajo del brazo.

Bonifacio seguia con inquietos ojos todos los movimientos de Samuel.

Mónica y Tomás, de pié é inmóviles junto á la alcoba, rezaban en voz baja por el alma de su ama.

—Hijo mio,—le dijo el sacerdote á Daniel,—es preciso fortalecer el alma con la resignacion; tu madre ha muerto como una santa. Dios indudablemente le ha abierto las puertas del Paraíso.

Daniel guardó silencio. Su dolor era tan profundo que la palabra era insuficiente para espresarlo.

—Dime, Daniel,—añadió el doctor,—¿quieres venirte conmigo á mi casa? Aquí desgraciadamente ya no te queda nada que hacer.

—No quiero separarme de esta habitacion; quiero permanecer al lado del cadáver de mi madre hasta que baje á la fosa; es para mí un gran consuelo respirar este ambiente impregnado con sus últimos suspiros.

El doctor comprendió que no debia insistir, y tornó á emprender sus paseos mientras el sacerdote dirigia palabras de consuelo al afligido huérfano.

De repente, Samuel se acordó que llevaba debajo del brazo el cofrecillo; creyó oír en el fondo de su pecho la voz de Ángela que le recordaba su ofrecimiento, y como nada le quedaba que hacer en aquella casa, pues el sacerdote iba á quedarse á velar el cadáver, se dijo hablando consigo mismo:

—Es preciso que esta misma noche escriba las últimas palabras de la pobre mártir en su manuscrito. Es indispensable que me entere de los importantes documentos que encierra este cofrecillo, y para eso necesito de la soledad y el retraimiento.

Y dirigiendo la palabra al sacerdote, añadió:

—Me siento fatigado, voy á descansar un par de horas y volveré á hacer á usted compañía junto al cadáver de la pobre Ángela.

—Somos aquí bastante gente, señor doctor,—contestó el sacerdote;—además, usted lleva algunas noches

malas y soy de opinion que no debe molestar en volver, pues aquí todos sobramos desgraciadamente.

—Volveré, sin embargo, señor cura.

—Como usted guste.

El doctor iba á dirigir la palabra á Daniel para despedirse, pero viéndole tan tristemente abrumado, exhaló un suspiro y salió de la habitacion sin hablarle.

Bonifacio, viendo que el médico se marchaba con el cofrecillo debajo del brazo, le dirigió una mirada siniestra y avanzó unos cuantos pasos, pero al llegar á la puerta se detuvo como si rechazara un mal pensamiento.

Trascurrió algun tiempo: el reloj dió diez campanadas; la impaciencia de Bonifacio crecia visiblemente. De vez en cuando se acercaba á la ventana y colocaba el oido junto á los cristales, como si por la parte del campo esperara alguna seña ó algun ruido de inteligencia.

Á las diez y cuarto, Bonifacio se dijo hablando consigo mismo:

—Si viene, ya no puede tardar porque el tren debe haber llegado á Guadalajara. Es preciso salir de esta casa, ¡oh! ¡maldito médico! Pero tanto peor para él...

Y acercándose donde se hallaba Tomás, le dijo en voz baja:

—Tengo que pedirle á usted un favor, señor Tomás; si no hago aquí falta, me iré á descansar un poco; he trabajado hoy mucho en la huerta y me queda para mañana una buena tarea.

—¿Qué falta has de hacer aquí?—le contestó el viejo,

—aquí todos estamos de sobra; la pobre doña Ángela nada necesita.

—Entonces voy á retirarme con el permiso de usted.

—Anda con Dios y ven temprano mañana por si hace falta ir á la ciudad.

—Vendré al rayar el alba.

Bonifacio sali6. Al llegar á la antesala abri6 el cajon de una mesa, sac6 una llave y se la guard6 precipitadamente en el bolsillo del chaqueton.

Poco despues estaba en la calle y se dirigia á buen paso hácia su casa.

## CAPÍTULO VII.

## El doctor Samuel.

La modesta casa del doctor Samuel se hallaba situada en la parte del camino del monte, como á unos cien pasos del pueblo; se componia de piso bajo y alto y tenia un pequeño jardin que cultivaba el doctor en sus ratos de ocio.

Una mujer del pueblo, una pobre viuda de cincuenta años, hacia las veces de ama de llaves, de cocinera, de todo, en fin, lo que constituye el arreglo de una casa; se llamaba Teresa.

El doctor era un hombre sóbrio, modesto y fácil de contentar, y no pocas veces se enfadaba la señora Teresa viendo que el pan desaparecia de la cesta y no lo encontraba á la hora de comer.

Entonces el doctor decia sonriéndose á su ama de gobierno:

—No busque usted el pan; lo he dado á un pobre; si usted no quiere tomarse la molestia de ir al pueblo á buscar otro, nos pasaremos sin él.

La señora Teresa refunfuñaba porque era su costum-

bre reñir al amo, pero como ella tenia el estómago de cobre, no se resignaba á comer sin pan, y se iba al pueblo á buscarle.

Esta resolucion ponia paz al altercado doméstico, y Samuel, dando vueltas en derredor de la mesa y frotándose las manos, solia decirse:

—Teresa es una buena mujer; yo soy un hongo solitario sin parientes ni herederos forzosos. ¡Qué diantre! Cuando yo muera le pagaré en un solo dia todas las impertinencias que me sufre.

La noche que nos ocupa, es decir, aquella en que exhaló el último suspiro la pobre Ángela, el doctor Samuel llegó á su casa un poco mas tarde que de costumbre; la señora Teresa le estaba esperando con impaciencia.

Samuel entró en su despacho, puso el cofrecillo sobre una mesa donde se veia un velon de bronce con pantalla verde y se dejó caer en su sillón de baqueta.

—¿Qué es eso? ¿Viene usted malo?—le preguntó la criada.

—No, Teresa, es que ha muerto doña Ángela, es que los médicos no sabemos una palabra.

Teresa dirigió algunas frases de rutina á su amo para demostrarle el interés que la noticia le causaba, y entrando inmediatamente en un terreno mas positivo, le preguntó si queria cenar.

—No, no quiero nada, déjeme usted solo, si tengo mas tarde necesidad, me haré yo mismo una taza de té.

Teresa dió las buenas noches á su amo y se retiró á

su dormitorio, que se hallaba situado en el piso alto de la casa.

Ahora creemos oportuno suplicar al lector nos permita le digamos algo del médico Samuel Fuentes. Para conocer á un personaje no basta que nos enseñe su rostro, su retrato físico; es preciso también ver el moral, y de ese modo se comprenden con mas facilidad todos los actos de su vida.

Samuel Fuentes tomó el título de médico-cirujano á los veinte años. Su exámen fué un verdadero acontecimiento que asombró á los catedráticos que lo presenciaron.

Hambriento de ciencia, no perdonaba medio de instruirse, deseaba ver otros países, estudiar nuevas y desconocidas enfermedades en Europa, y reunir un caudal de conocimientos en el arte de curar que le diera fama y posición.

Solicitó la plaza de médico de un regimiento que pasaba á Ultramar, le fué concedida, y cruzando lleno de fe y de entusiasmo el Océano, pisó las ardientes playas americanas.

Nunca hombre alguno tuvo mas firme vocación por su carrera que el doctor Samuel; era uno de esos grandes médicos que ven en la medicina un sacerdocio sublime y suelen decirse con frecuencia: «Yo no me pertenezco; soy de la humanidad que llora.»

Durante diez y seis años estuvo recorriendo América, Asia y Europa. Cuando regresó á Madrid, le precedía una gran fama.

Poco despues fué nombrado catedrático del Colegio de San Carlos, y no tardó mucho en adquirirse una reputacion sólida y envidiable entre sus compañeros y discípulos.

Samuel hubiera podido hacerse rico, á no ser tan buen amigo de los pobres.

El médico filántropo no puede atesorar mucho, porque nunca le faltan enfermos á quienes devolver la salud y pagar los alimentos.

Con frecuencia solia leerse en los periódicos:

«El doctor Samuel Fuentes ha hecho una cura verdaderamente prodigiosa á un pobre jornalero, y con el objeto de que se restablezca del todo, le ha proporcionado recursos para tomar los baños de tal ó cual parte.»

— Cuando se tiene un alma tan bella, todo el oro de un príncipe ruso no evita al cuerpo que la contiene el que muera pobre.

— Por eso Samuel, que se conocia profundamente, no habia querido casarse nunca, haciendo con mucha frecuencia la siguiente reflexion:

— Un hombre que sea un poco filósofo y despreocupado sabe que la muerte es siempre la misma, bien en el pobre lecho de un hospital ó en el de un potentado cubierto de blondas, de encajes y seda. Si yo me casara y tuviese hijos, me veria en esta disyuntiva: ó volverme egoista ó hacerles desgraciados: no debo pues casarme en mi vida.

Samuel cumplió los cincuenta años. Habia estudiado mucho y su naturaleza se hallaba bastante trabajada. Sus compañeros le aconsejaron la vida del campo.

Entonces, como no tenía otras afecciones sobre la tierra que los pobres, y los pobres abundan desgraciadamente en todas partes, se decidió á abandonar Madrid, y eligió por punto de su última residencia el modesto pueblo de Horche.

La Alcarria es un país saludable; la modestia de sus habitantes y el ambiente puro y sano que se respira en sus montes alargan la vida y alegran el espíritu.

El doctor Samuel no era rico, hizo almoneda de todo cuanto poseía y reunió una fortuna de cinco mil duros.

Cuando el deseo insaciable se ha apagado en el corazón, cuando se espera la muerte con la frente reclinada sobre el pecho de la modestia, la vida es barata. Samuel con sus cinco mil duros podía crearse una renta para no morir de hambre.

Una señora á quien había salvado de la muerte haciéndole una operación difícilísima, quiso demostrarle su profunda gratitud, y le propuso regalarle una pequeña casa con su jardín que poseía en el pueblo de Horche.

Samuel rechazó el ofrecimiento, pero las súplicas de su cliente fueron tantas, que acabó por aceptar, sino la propiedad absoluta, al menos el derecho de habitar la casa sin pagar alquileres todo el tiempo que tuviera á bien permanecer en el pueblo.

La señora mandó inmediatamente operarios de Madrid, y en muy pocos días quedó trasformado de un modo agradable aquel pequeño nido.

Samuel se trasladó á Horche, convirtió una sala baja que tenía vistas al jardín, en despacho y dormitorio; se

arregló una pequeña librería de pocos pero escogidos libros y se dirigió á casa del señor cura á preguntarle si habria en el pueblo una mujer pobre, pero honrada y limpia, que quisiera encargarse del gobierno de su casa.

El cura le recomendó á Teresa, una de las mujeres mas hacendosas del pueblo.

Así fué como se estableció en el modesto pueblo de Horche uno de los médicos mas sobresalientes de España, un filósofo, un sábio, un filántropo que deseaba morir en paz lejos del bullicio de las grandes ciudades acogiéndose á la religiosa quietud de los campos.

En la época que le damos á conocer á nuestros lectores, Samuel contaba sesenta y dos años de edad. Hacia doce que se hallaba establecido en el pueblo.

La salud de Samuel habia mejorado notablemente, gracias al régimen higiénico y tranquilo que practicaba.

En el pueblo se le llamaba el amigo de los pobres, y esto era para el noble anciano el mejor y mas querido título que por sus merecimientos le habian dado los hombres.

Terminado el retrato moral de nuestro personaje continuaremos la narracion de nuestra historia.

Samuel, sentado en su sillón de baqueta, con los codos sobre la mesa y la frente apoyada en las palmas de las manos, contemplaba con profunda y triste mirada el pequeño cofrecillo de ébano que tenia delante.

La ancha pantalla del velón recogia toda la luz sobre el legado de doña Ángela, dejando en las tinieblas el resto de la habitacion.

El doctor parecía encontrarse en uno de esos momentos en que el hombre reconcentra toda la fuerza vital en el pensamiento.

Durante media hora, mudo, silencioso como una estatua de piedra, permaneció en la misma postura.

En sus ojos hermosos y claros, á pesar de la vejez, se notaba esa mirada profunda del pensador cuando, encerrado consigo mismo, se propone resolver un problema difícil.

Samuel tenía la mirada tan fija en el pequeño cofrecillo de ébano que se hallaba sobre la mesa como si quisiera leer á través de la bruñida madera los documentos que encerraba, y que, segun las declaraciones de doña Ángela, debían ser de alta importancia para el porvenir de Daniel.

Por fin, la inmóvil y venerable cabeza del doctor Samuel se reanimó un poco, y cambiando el cuerpo de actitud, sacó del bolsillo de su chaleco con mucha pausa una pequeña llave y la introdujo en la cerradura del cofrecillo.

—Ángela, pobre mártir que cruzaste la espinosa senda de la vida con los ojos enrojecidos por las lágrimas y el corazón hecho pedazos por el dolor,—se dijo Samuel hablando consigo mismo,—tú pusiste en mí la confianza, el alma de tu alma que dejaste en la tierra, el sér de tu sér que te sobrevive, encontrará siempre en mí un protector. Yo te lo juré en vida, yo sabré cumplírtelo hoy que desgraciadamente tu espíritu voló al cielo y tu cuerpo descansa en una fosa.

Samuel levantó la tapa del cofrecillo, introdujo la mano en el fondo y comenzó á sacar algunos manuscritos.

Durante algunos momentos el doctor no hizo otra cosa que revisar lo que contenia el cofrecillo; de vez en cuando advertíase en la mirada de aquel noble anciano la animacion, el brillo que trasmite á los ojos la alegría del alma.

Diríase que aquel hombre tenia entre sus manos un tesoro.

De repente exhaló un grito, una de esas exclamaciones que brotan del fondo del corazon y que no pueden contenerse, que brotan por los labios sin que pueda explicarse qué fuerza las impele, qué voluntad las produce.

—¡Ah!—exclamó,—solo este documento asegurará el porvenir de Daniel.

El documento en cuestion que tanta alegría habia causado al doctor, era una hoja de papel sellado. La dobló cuidadosamente, colocándola sobre la mesa y dejando encima de ella un arenillero de bronce.

—Hé aquí un certificado,—volvió á decirse,—que prueba hasta dónde llegó el martirio y la abnegacion de la pobre Ángela; bueno es tenerlo á mano, porque difícilmente contendrá el cofrecillo nada de su importancia.

Samuel continuó el escrutinio. Hé aquí lo que el doctor encontró. Una docena de cartas, dos retratos y un manuscrito de puño y letra de doña Ángela, que no era otra cosa que la relacion de su vida.

El doctor comenzó la lectura de aquellos papeles por

«El Manuscrito de una Madre» pues este era el título con que la infortunada Ángela encabezaba la relacion de su vida.

Aquellas Memorias de una Madre que mas de una vez se habian humedecido con lágrimas de dolor y de amargura, debian ser sumamente interesantes á juzgar por la profunda impresion que causaban á aquel anciano.

De vez en cuando la noble y despejada frente del doctor parecia nublarse, y las arrugas que la surcaban en toda su longitud, se hacian mas profundas como si algo repugnante agitara su corazon. Otras veces se humedecian los ojos de Samuel, y llevándose una mano al pecho, exhalaba un profundo suspiro, murmurando en voz baja estas palabras:

—Fué una mártir; parece increíble que una criatura llegue á tan alto grado de abnegacion: yo creia que los ángeles no bajaban á la tierra; estaba en un error, puesto que he tenido la inmensa dicha de conocer uno.

Y Samuel continuaba con mas interés la lectura y en su frente se reflejaban como en la claridad de un espejo las impresiones de su alma, y sus ojos iban llenándose poco á poco de lágrimas, que, desprendidas como gotas de rocío, resbalaban por sus mejillas.

El péndulo colgado de una de las paredes del despacho del médico, produjo en este momento ese chirrido desagradable que precede á la voz de la campana que marca las horas. El reloj dió las doce de la noche.

Samuel nada oia, nada existia para él, esceptuándose el manuscrito que tenia entre las manos; por eso sin duda

no se apercibió que una mano, empujando los cristales de la ventana, la abrió de par en par.

El aire de la noche penetró en la habitacion, haciendo vacilar un momento la luz que alumbraba el manuscrito que tenia entre sus manos el doctor.

Solo entonces levantó la cabeza haciendo ese movimiento natural del hombre que busca el objeto que le molesta.

Ya hemos dicho que la ancha pantalla del velon recogia el foco de la luz sobre la mesa, dejando el resto de la habitacion casi en tinieblas.

Samuel nada vió al pronto; solo despues de un momento advirtió que la ventana que daba al jardin estaba abierta; se puso en pié, y ya iba á dirigirse hácia aquel punto con objeto de cerrarla, cuando un hombre con el rostro enmascarado saltó desde la ventana de la habitacion. Detrás de éste le siguió otro tambien con el rostro cubierto.

El doctor Samuel era un hombre sereno, pero aquellos dos hombres que le visitaban á media noche y con el rostro cubierto no podian inspirarle gran confianza; sin embargo, procuró serenarse, y sentándose de nuevo en su sillón, dijo con voz pausada:

—Ruego á ustedes tengan la bondad de cerrar la ventana, de lo contrario será muy probable que nos quedemos á oscuras y no podamos entendernos.

## CAPÍTULO VIII.

**Los muertos no hablan.**

El acento de un hombre sereno, aun cuando se dirija á criminales que le sorprenden, produce siempre un gran efecto.

Uno de los enmascarados obedeció la orden del doctor cerrando la ventana, mientras que el otro, acercándose algunos pasos hácia la mesa, fijó una mirada codiciosa en el cofrecillo.

Los ojos de aquel hombre brillaron de un modo siniestro, pero el doctor no se apercibió de aquella mirada, y tomando una actitud serena y tranquila, volvió á decir con acento pausado:

—Es indudable, señores, que ustedes vienen á mi casa por algo que les hace falta.

—Veo que el ilustre doctor Samuel es un hombre á quien no en vano la fama le concede mucho talento,—dijo uno de los enmascarados;—cuando dos hombres con el rostro cubierto penetran á las doce de la noche por una ventana, es indudable que algo quieren que no puede pedirse á la luz del sol y con el rostro descubierto.

—Estamos conformes,—repuso el doctor sin perder su serenidad,—y espero que ustedes me digan en qué puedo serles útil.

—Es usted un hombre sereno, señor doctor,—añadió el enmascarado avanzando dos pasos mas,—y lo celebro infinito, porque esto me indica que podremos entendernos fácilmente.

—Segun y conforme; si ustedes vienen en busca de mi persona, si ustedes necesitan al médico porque á algun prójimo le hacen falta los auxilios de la medicina, dispuesto me hallarán como siempre á ser útil á mis semejantes.

—Desgraciadamente, señor doctor, no se trata aquí de ningun enfermo, todos gozamos, á Dios gracias, de buena salud.

—Entonces, espero que tenga usted la bondad de explicarse.

—No deseo otra cosa; voy, pues, con el permiso de usted, á tomar asiento, porque un asunto de la mayor importancia me conduce á esta casa.

El enmascarado que hasta entonces habia llevado la palabra colocó una silla cerca de la mesa y se sentó, dirigiendo con frecuencia miradas al cofrecillo.

El otro enmascarado, que no habia desplegado sus labios, se quedó apoyado en el hueco de la ventana como si quisiera guardar la retirada.

—Es verdaderamente un placer y una ventaja para mí,—repuso el enmascarado, que no era otro, como habrán podido comprender nuestros lectores, que Santia-

go,—tener que arreglar un asunto con un hombre del talento y las condiciones del doctor Samuel, porque yo confío que, comprendiendo su verdadera posición y la mía, accederá á las dos súplicas que voy á dirigirle.

Samuel hizo un movimiento de cabeza como indicando que podía continuar.

—Usted no ignora, caballero,—añadió Santiago,—que existen secretos en la vida del hombre de tal importancia que es el descubrirlos un peligro de muerte.

—¿Y poseo yo uno de esos secretos?

—Tal vez.

—En ese caso debo advertir á usted que los médicos tenemos también nuestro sacerdocio, y como los ministros de Dios sobre la tierra, sabemos guardar profundamente lo que se nos confía; pero acabemos, señor mío: ¿por qué han entrado ustedes por esa ventana con el rostro cubierto como unos salteadores? Si vienen á robarme, les participo que han errado el golpe; soy pobre, eso ya lo sabe todo el mundo, que me conoce, y muchas veces me complazco en esclamar como el filósofo Cretes: «Soy feliz porque nada poseo.»

—La curiosidad de usted es justa: procuraré esplícarle.

—No deseo otra cosa,—dijo Samuel.

—Nosotros venimos sencillamente por ese cofrecillo,—añadió Santiago señalando con la mano el que se hallaba sobre la mesa.

—¡Por este cofrecillo!—esclamó el doctor guardando precipitadamente en él los papeles que pocos momentos

antes habia sacado.—¡Oh! ¡imposible! Pueden ustedes llevarse todo lo que poseo, pero este cofrecillo es el legado de una difunta, que no me pertenece.

—No diré yo lo contrario,—añadió con calma Santiago,—pero lo que sí puedo afirmar es, que no saldré de esta casa sin llevarme ese pequeño mueble que usted oprime entre sus manos con tanto interés.

—La empresa es bastante difícil,—repuso Samuel estrechando el objeto querido contra su pecho y dirigiendo miradas recelosas en derredor suyo.

—¡Ah! le veo á usted dispuesto á defenderle.

—Mientras me quede un resto de vida defenderé este sagrado depósito. Comprendo que no es una hazaña digna de un Cid el que usted salga airoso en su empresa, pero tambien juro por la salvacion de mi alma que solo despues de muerto lo arrancarán de mis manos.

—Querido doctor, yo deberia reirme de esas bravatas, pero me inspiran cierto respeto las nobles canas de su cabeza; nosotros somos dos y nos hallamos en la fuerza de la vida, resueltos al mismo tiempo á llevar á cabo una empresa sin reparar en los medios. Usted está solo y es un pobre viejo, nada mas fácil que apoderarnos á la fuerza del objeto codiciado; pero no quisiera emplear para nada la violencia: ya he dicho antes que hay secretos que cuestan la vida; yo no soy hombre que hago las cosas á medias; hablemos pues como dos buenos amigos.

—¡Amigos! No profane usted esa palabra, yo no puedo ser amigo del hombre que, asaltando mi casa, me ame-

naza con usurparme brutalmente lo que no le pertenece.

—Pues bien, querido doctor, en manos de usted está el que este negocio concluya amistosamente.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Poniendo usted precio á ese cofrecillo.

—¿Vender yo lo que no me pertenece! ¿Me cree usted un infame?

—¿Quién sabe en el mundo, esceptuando yo, que posee usted ese legado de la difunta Ángela?

—Lo sabe mi conciencia, y eso es bastante.

—Terminemos, doctor,—añadió con mal humorado acento Santiago.—¿Qué precio pone usted á esos papeles y á su silencio? Estoy dispuesto á pagarlo bien.

—¿Sabe usted lo que contiene ese cofrecillo?

—Sí.

—¿Y se atreve usted á proponerme que lo venda!

—Es que lo necesito á toda costa.

—Solo un hombre en el mundo puede tener interés en arrebatarme estos papeles: ¿es usted por ventura el general Lostan, que despues de haber hecho apurar el martirio á una madre, viene á robarme la esperanza de un hijo, el porvenir de un huérfano?

El enmascarado se estremeció visiblemente, introdujo la mano derecha debajo del capote como si buscara algo en el bolsillo de su chaqueta y con acento nervioso y pausado añadió:

—No soy el general Lostan, pero ha hecho usted mal en recordarme ese nombre que ha resonado en mis oídos como una sentencia de muerte.

Y poniéndose en pié, fijó una mirada amenazadora en el doctor, añadiendo:

—La muerte es muda, jamás revela los secretos de los vivos; acabemos, doctor, evítame usted cometer un crimen; hay circunstancias en la vida en que el hombre mas inofensivo se vé en la necesidad de convertirse en asesino; si Ángela antes de morir le hizo á usted la revelacion de su vida, si ese cofrecillo encierra documentos de la mayor importancia, yo necesito esos documentos y el juramento formal en no revelar á los vivos la historia de aquella desgraciada que ha dejado de existir. Dueño es usted de poner un precio á lo que le exijo, pero si desgraciadamente se obstina en negarlo todo, si no accede á mis deseos, ¡oh! entonces será preciso terminar á toda costa.

El doctor se puso en pié, estrechó contra su pecho el cofrecillo, y levantando la frente con ademan sereno, dijo:

—Solo la muerte ó la violencia podrá arrebatarme este tesoro.

—¡Desgraciado! Quieres ponerme en el caso de que cometa un crimen; ¿te crees, viejo terco, que si yo te arrebato el cofrecillo de entre las manos, lo cual me seria muy fácil, te voy á dejar la vida dentro del cuerpo para que mañana abuses del secreto que hoy posees?

—Pues bien, entonces mátame, solo así dejaré de cumplir la palabra que le dí á la pobre mártir que ya no existe.

El hombre del antifaz que habia permanecido mudo

junto á la ventana, sin tomar parte en el diálogo, avanzó algunos pasos, y colocándose junto á su compañero, repuso:

—Ya te he dicho que es un viejo testarudo del que no es posible sacar partido; bastante has suplicado, y pues la fuerza está de nuestra parte, creo que ha llegado la hora de que terminemos este asunto.

—Por la última vez, doctor,—añadió Santiago sin hacer caso de las palabras de su amigo,—ponga usted precio á esos papeles y á su silencio.

—Por la última vez,—repitió el doctor,—vuelvo á decirte que yo no vendo lo que no me pertenece.

Santiago sacó la mano derecha de debajo del capote, y estendiendo el brazo en direccion al doctor, puso á corta distancia de su frente la boca de un revolver.

Instintivamente Samuel retrocedió algunos pasos.

—No te muevas, seria inútil que trataras de fugarte, las balas de mi revolver corren un poco mas que tus viejas piernas.

—Dices bien,—contestó el doctor, quedándose inmóvil como una piedra y estrechando con fuerza contra su pecho el cofrecillo;—cuando se tiene la conciencia tranquila no debe temerse la muerte; soy viejo: ¿qué mas da tres años antes que despues?

Y una sonrisa de desprecio asomó á los labios de Samuel.

—¿Es decir que te niegas á todo arreglo?

—Sí,—contestó el médico secamente.

—Prefieres la muerte al convenio que te propongo.

—Sí, la muerte es preferible á la deshonra.

—Pues bien, vas á morir; el secreto que posees merece la muerte: te concedo cinco minutos para que encomiendes tu alma á Dios.

—Gracias,—dijo el doctor cayendo de rodillas y estrechando con mas fuerza el cofrecillo sobre el pecho.

Los labios de aquel pobre viejo se agitaron en silencio como si formulara alguna oracion, pero su rostro permaneció impassible, su frente serena como la del mártir que camina al patíbulo por una causa santa.

Apenas habrian trascurrido los cinco minutos en medio de ese silencio abrumador de la muerte, cuando Samuel se puso en pié nuevamente y dijo con seguro acento:

—Puedes terminar tu obra cuando te plazca, Dios me espera.

—Aun puedes salvarte, aun puedes evitarme un crimen,—repitió con cavernoso acento uno de los enmascarados.

—La muerte no es otra cosa que el principio de la vida; á los hombres honrados, á los corazones justos les es mas doloroso cometer una infamia que recibir una bala en el cráneo; si estás resuelto á matar, hiere pronto, sino vete; toda reconciliacion entre nosotros es imposible; si me arrebatas á la fuerza este cofrecillo y me dejas con vida, yo la emplearé para buscarte, para denunciarte ante los tribunales y hacer que el sol de la justicia brille sobre mi frente sin mancha.

—Sea; Dios es testigo de que no queria hacerte

daño y que te he suplicado mas de lo conveniente.

Y apuntando el revolver en direccion á la serena frente del anciano, añadió:

—Por tu silencio y por todos los documentos que encierra ese cofrecillo te ofrezco la vida y cinco mil duros, ¿aceptas?

—Hiere,—contestó secamente el doctor.

—Doblo el precio y suplico por la última vez.

—Por la última vez yo te respondo tambien que no puedo vender lo que no me pertenece.

Santiago exhaló un rugido de rabia, comprendió que aquel hombre era un obstáculo de los que no se vencen hasta que se rompen en pedazos.

—Ya que lo quieres, que Dios me perdone.

La detonacion de un arma de fuego se estendió ruidosa por los ámbitos de la habitacion.

El cuerpo del doctor Samuel vaciló un segundo, cayendo desplomado al suelo, sin exhalar un ¡ay! sin pronunciar una palabra.

De la frente venerable de aquel viejo brotaba la sangre, que pronto cubrió con un antifaz rojo el rostro.

—Los muertos no hablan,—murmuró con tembloroso acento Santiago.—Coge el cofrecillo,—volvió á decir dirigiendo la palabra al otro enmascarado;—estamos demás en esta casa.

Un minuto despues aquellos dos hombres saltaban por la ventana.

Uno de ellos llevaba el cofrecillo debajo del capote.

Mientras tanto el doctor Samuel, tendido sobre un le-

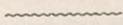
cho de sangre, murmuró con vaga y trémula voz estas palabras:

—¡Daniel! ¡Ángela! ¡Pobre huérfano!

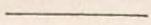
Su cuerpo se estremeció con las convulsiones de la muerte, estendió los brazos, y exhalando un gemido, se quedó inmóvil sobre el rojo pavimento.

CAPITULO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.



Un ángel de la tierra.





## CAPÍTULO PRIMERO.

### El general Lostan.

Entremos en Madrid con las ilusiones del provinciano que pisa por primera vez el duro empedrado de la coronada villa, sin ocuparnos de si saldremos mas tarde cargados de desengaños de este gran bazar de las conciencias, de esta hermosa jaula de oro que encierra tantas aves de rapiña, de este paraiso terrenal de los elegidos que se convierte en el infierno de la desesperacion para los desheredados.

Porque quien que le conozca ignora que Madrid es á un tiempo la Caja de Pandora, que encierra todos los males y la divina Panacea que atesora todos los bienes.

En el ancho círculo que le encierra se agita el bien y el mal, se alzan los palacios y las bohardillas, tiene su morada el vicio y la virtud, la opulencia escandalosa y la miseria, que termina con una muerte de consuncion.

Madrid me ha hecho siempre el mismo efecto que una decoracion de teatro: me gusta de lejos, me repugna de cerca.

Muchas veces durante esas noches serenas y hermo-

sas del estío, le he contemplado desde la azotea de mi casa de campo, y al ver el foco de luz que como un volcan agonizante ilumina el rádio que ocupa, he creído ver en el oscuro horizonte que le circunda las tres misteriosas palabras que aparecieron escritas con fuego en los muros del palacio de Baltasar el Babilonio.

Pero esto no es mas que un sueño de mi fantasía: la noche pasa y el profeta Daniel no se presenta ante el nieto de Nabuconodosor para descifrarle el misterio que encerraba el *Mene, Takel Phares*, ni los Medos tuercen la corriente del Manzanares para conquistar á la moderna Babilonia.

Pero ya que nos hallamos en Madrid, en donde una fiesta popular, una corrida de toros ó una romería lleva á las casas de préstamos diez mil prendas de ropa, cuyo producto se invierte en vino, jaleo y panecillos del Santo, dejemos que marche el mundo, como ha dicho Eugenio Pelletan, y continuemos tranquilamente la narracion de nuestra historia.

El general Lostan era un hombre de cincuenta años, tenia el tipo característico del militar de fortuna. Bastaba fijar en él los ojos para comprender que era uno de esos hombres enérgicos, avezados á las fatigas y á los rigores de la vida de campamento, que chupa la carne y fortalece los músculos.

Las facciones del general, aunque un poco rudas sin duda por el ligero fruncimiento de cejas que era peculiar en él, demostraban que habian sido en otro tiempo bastante bellas, ó por mejor decir, pronunciadamente varoniles.

Alto, bien formado, aunque de pocas carnes, llevaba con cierta marcialidad la cabeza sobre los hombros. Sus largos bigotes grises, sus ojos grandes, llenos de vida y de energía, su ancha frente surcada por una profunda herida daban cierta majestad á su rostro. Su nariz era aguileña, su cara perfectamente ovalada, todo en fin hacia comprender que aquel hombre, á los treinta años, vestido de militar, habia sido una gran figura.

Pedro Lostan habia empezado la carrera de las armas á los diez y ocho años, sentando plaza de voluntario en una compañía de cuerpos francos.

La guerra civil comenzaba entonces; los españoles se despedazaban alegremente los unos al grito de libertad, y los otros al grito de ¡viva la Religion! Era una lucha sin cuartel, á muerte, en la cual el pobre pueblo ponía, como siempre, la mayor parte, elevando en su furor de partido á la categoría de Dioses á una niña ingrata y á un príncipe estúpido.

Lostan comprendió al momento que aquella lucha fratricida le presentaba un gran porvenir. Era ambicioso, valiente y se jugó la vida muchas veces hallando la recompensa de su valor.

El carácter es el hombre. Lostan se habia propuesto llegar al último grado de la milicia, y se hallaba muy próximo á conseguirlo: era teniente general.

Firmada la paz en los campos de Vergara, comprendió que su espada iba á enmohecerse en la vaina, pero vió al mismo tiempo que un nuevo horizonte se extendía ante sus ojos: la política.

Por aquella época Pedro Lostan era coronel, se afilió á un partido y... pero el lector nos permitirá que no demos mas antecedentes sobre el personaje que nos ocupa. Lo dicho debe bastar para conocerle; mas adelante nos ocuparemos detalladamente en leer la hoja de servicios del general Lostan, dia por dia. Solo diremos que se habia casado, siendo brigadier, con la orgullosa marquesa del Risco, que tuvo una hija, que vivia separado de su mujer y que se contaban muchas aventuras de su pasada época de calavera.

Pero, ¡quién hace caso de la maledicencia, tratándose de un hombre como el general, que era el brazo de hierro de su partido y que tantos enemigos políticos tenia!

Asegurábase tambien en voz baja que la encantadora Clotilde, hija del general, era el tirano de su padre; que aquella niña de diez y ocho abriles, rubia como las espigas de Egipto, blanca como la nieve y sonrosada como las adelfas, habia logrado dominar á su padre hasta un punto inverosímil; pero de todas estas cosas iremos enterando poco á poco á nuestros lectores, porque á la verdad, no nos parece prudente decirlo todo de una vez.

El general Lostan se paseaba por su rico y elegante gabinete con marcadas muestras de mal humor.

De vez en cuando dirigia una mirada inquieta hácia el péndulo de mármol negro de Bélgica que se hallaba sobre la chimenea.

El fruncimiento de cejas, la mirada sombría, el aspecto triste y taciturno de su semblante demostraban cla-

ramente que el espíritu de aquel hombre no se hallaba muy tranquilo.

De pronto el general detuvo su paseo, giró con la gravedad de un veterano sobre sus talones, y fijando sus ojos en la esfera del reloj, cuyas saetas marcaban las diez y veinticuatro minutos, murmuró en voz baja:

—Ya debía estar aquí; esta tardanza no tiene explicacion alguna, es muy estraña; ¿qué habrá sucedido? Santiago es hombre puntual.

Y llevándose la mano á la frente como si quisiera apartar algun triste presentimiento de su imaginacion, añadió hablando consigo mismo:

—En la hora de la muerte se escapan con facilidad las frases inoportunas... ella tenia en su poder armas terribles, ¡oh! si las cogieran mis enemigos políticos, me veria en la necesidad de levantarme la tapa de los sesos.

El general volvió á continuar sus paseos, pero mas agitados, con la mirada mas sombría y el semblante mas fosco.

Durante algunos minutos, hasta que el reloj dió la media, continuó sus paseos, pero el sonido vibrante de la campana le recordó sin duda que el tiempo pasaba, y dirigiéndose á una mesa, puso la mano derecha sobre un timbre. El eco de aquel avisador metálico atrajo á la puerta del gabinete un criado.

—Inmediatamente que vaya un ordenanza á la estacion del ferro-carril del Mediodía,—dijo el general con imperio,—que pregunte si ha llegado el tren de Zaragoza; si le dicen que no, que se entere del motivo de su retraso.

El criado salió del gabinete, saludando respetuosamente.

El general, profundamente preocupado, se dejó caer en una butaca, cogió un periódico de la mesa que se hallaba al lado y se puso á leer.

La lectura duró poco. Lostan arrojó lejos de sí el impreso, y colocando los codos sobre las rodillas, apoyó la frente en la palma de las manos.

—La carta de Bonifacio era clara y terminante,—murmuró en voz baja el general;—perder un dia, una sola hora, era correr un grave peligro, un riesgo inminente.

El general exhaló un profundo suspiro, y despues de agitar pausadamente la cabeza con marcada expresion de dolor, volvió á decir:

—¡Ah! la vida es una farsa inmundada... ¡Una comedia repugnante!... La sociedad nos obliga casi siempre á llevar la sonrisa en los labios y la muerte en el alma. El hombre, materia débil, hostigado siempre por la insaciable voz del deseo, no contentándose con engañar á sus semejantes, se goza sin saberlo engañándose á sí mismo.

Y aspirando con fuerza como si carecieran sus pulmones de aire vital, volvió á decir con acento reconcentrado:

—Si Ángela no ha muerto, si el secreto que me juró llevarse á la tumba llegara algun dia á descubrirse, ¡oh! ¿entonces de qué me serviria la alta posicion social que ocupo? mis enemigos podrian escupir sobre mi frente su reconcentrado desprecio.

Y pasándose varias veces la mano por la frente, añadió:

—Hice mal, sí, hice mal en no contestarle á su última carta; ella ha sido una mártir, pero quién sabe si el destino me reserva á mí la expiacion de ese martirio.

El general se quedó inmóvil, su ancha y despejada frente adquirió un tinte mas sombrío, sus ojos una mirada mas fija, mas reconcentrada; mas que un hombre por cuyas venas circula ese fuego de la vida llamado sangre, parecia una de esas estátuas que nos representan la meditacion.

En este momento una mano pequeña como la de una niña y blanca como la azucena, entreabrió la ancha cortina de terciopelo que cubria la puerta del gabinete.

Detrás de esta mano que hubiera envidiado una jóven de la aristocracia china, apareció la encantadora cabeza de un verdadero ángel de la tierra.

Era Clotilde, la hija del general, jóven de diez y ocho años y en cuyo rostro habia reunido la naturaleza todos sus dones.

El arte, el genio y la gracia no hubieran podido modelar con mas perfeccion una cabeza. El escultor mas exigente no hubiera encontrado una línea que corregir. Era, en fin, una de estas bellezas que tantas veces nos ha contado la historia se elevaron desde el modesto hogar que les vió nacer al regio sόlio de un soberano.

Clotilde llevaba el pelo suelto, formando cuatro bucles que le caian sobre los hombros. Vestia una bata de terciopelo de color de violeta, una de esas batas ceñidas al

cuerpo que la caprichosa moda, imitando á la mas remota antigüedad, ha vuelto á implantar entre nosotros para que se admiren los delicados contornos de un cuerpo modelado á la perfeccion.

La hermosa jóven, en cuyos frescos labios dejaba asomar una sonrisa perfumada como la flor del terebinto, antes de avanzar un paso se detuvo, contemplando á su padre con cariñosa expresion.

Por fin agitó con cierta resolucion sus rubios tirabuzones y avanzó de puntillas hasta colocarse detrás de la butaca de su padre.

El general continuaba inmóvil. Clotilde pronunció algo mas la sonrisa de sus labios y rodeó el cuello de su padre con los brazos. El general volvió la cabeza y se encontró con el rostro encantador de su hija, que, antes de darle tiempo para nada, imprimió un ruidoso beso en su frente.

Este beso, como si hubiera refrescado el alma de aquel hombre, produjo un cambio notable en su semblante. Sus duras facciones se suavizaron, se reanimó su rostro y una mirada dulce y apasionada partió desde el fondo de sus negras pupilas.

—Yo no sé por qué algunos hombres se atreven á llamarse padres, porque el calificativo de padre obliga y compromete mucho para con sus hijos, ¿no es verdad, señor marqués?

Clotilde pronunció estas palabras con un acento tan cariñoso, tan suave, tan expresivo como su semblante. El acento de su voz levantaba un eco en el alma: era una

de esas dulces armonías que penetran en el corazón y se apoderan de la voluntad.

El general cogió á su hija por la cintura como pudiera haberlo hecho con una muñeca, y sentándosela sobre las rodillas, le dijo:

—Leo en tus hermosos ojos con la misma claridad que en un libro impreso y me atrevería á apostar, sin miedo de perder, que vas á pedirme algo.

—¿Y en qué lo has conocido?

—¡Toma! porque siempre que empiezas por reconvenirme, acabas por exigir la realización de uno de tus mil caprichos.

—Veo que tienes talento, papá, pero un talento superior; ¡oh! hacen bien en llamarte tus amigos políticos el hombre importante de la situación, aunque si te he de ser franca, me disgusta altamente que te ocupes de la política.

—Vamos á ver qué es lo que quieres, preguntó el general, que, enloquecido con las caricias de su hija, comenzaba á olvidarlo todo.

—Tengo que pedirte tres cosas.

—Nada menos.

—Y todas ellas de la mayor importancia,—añadió Clotilde jugando con los cabellos de su padre con gracia infantil.

—Empieza por pedirme la primera.

—Te prevengo que las tres son primeras.

—Hé ahí una cosa que no me explico.

—Pues es una cosa muy sencilla.

—¿Cómo es eso?

—Porque las tres son justas, porque todas ellas se encuentran en la misma situación, y en fin, porque yo lo he ofrecido y no es decente faltar á la palabra.

—¡Ah! pues si tú lo has ofrecido...

—Yo lo he ofrecido, pero tú lo cumplirás.

—¡Yo! No deja de tener gracia.

—Es claro; los buenos padres lo conceden todo á sus hijas, y tú eres el mejor padre del mundo.

—Sí, yo seré muy bueno, muy condescendiente, muy tolerante, pero en cambio tú eres una zalamera á quien será preciso negárselo todo antes de que pida nada.

—En ese caso te suplico que comiencen mañana tus negativas, pero que me concedas hoy lo que voy á pedirte.

—Veamos qué es lo que quieres,—añadió el general con un acento que hizo comprender á Clotilde que, como siempre, saldria airosa en sus pretensiones.

—Tengo dos ahijados, ó por mejor decir, tengo tres,—añadió Clotilde arreglando el lazo de la corbata del general.

—Seria para mí una fortuna que solo tuvieras tres protegidos; te he conocido mas de ciento en lo que va de año...

—Es que lo que voy á pedirte hoy es altamente justo.

—Como siempre.

—Bien; sea como sea, justo ó injusto, no olvides que me has dado tu palabra, y un general, un marqués, un caballero, no puede faltar á ella. ¡Cuidado conmigo!

—En primer lugar,—repuso el general sonriéndose,—yo definitivamente no te he ofrecido nada.

—¡Esas tenemos! ¿Se vuelve usted atrás, señor marqués? ¿Trata usted de cometer conmigo una villanía?

—En fin, ¿qué es lo que quieres?

—Necesito que en el término improrogable de tres días,—añadió Clotilde, afectando una entonación de mando,—me proporciones una plaza de administrador del correo ambulante, y otra de auxiliar con diez mil reales en el ministerio que á tí te dé la gana.

—Pero esa exigencia me violenta de un modo indecible; continuamente estoy pidiendo destinos para tus protegidos.

—Nada, nada; he dado palabra de honor á mis ahijados que tendrán una colocación dentro de tres días, y yo creo que tú no querrás que tu hija falte á su palabra.

—Pero, Clotilde...

El general no pudo acabar. La pequeña mano de su hija cayó suavemente sobre su boca.

—No prosigas,—añadió;—ya te he dicho que tengo empeñada mi palabra de honor; si me negaras lo que te pido, ¡oh! cuidado conmigo, no me conoces bien, sería capaz de vengarme; en fin, no te daría un beso lo menos en seis días.

El general, que era hombre sin fuerza de voluntad ante las exigencias de su hija, cubrió de besos la pequeña mano que se posaba sobre su áspero bigote.

—Como sigan en el poder mis amigos mucho tiempo,—repuso el general,—antes de un año no habrá en Es-

pañá un solo empleado que no deba su credencial á mi hija.

—Es que yo siempre te recomiendo personas dignas, desgraciados padres de familia que lo necesitan, y es tener un corazon muy malo, ver lágrimas y no enjuagarlas, oír lástimas y no compadecerlas.

—Sí, pero es que en el caso de tus recomendados se encuentran muchos.

—Pero esos yo no los veo, yo no los conozco, y solamente te pido para los míos.

—En fin, procuraré servirme... Veré á mis amigos...

—No, no, eso no es bastante; yo necesito tener la seguridad de que serán colocados.

—Clotilde, estoy convencido de que eres el rey absoluto de la casa, el tirano, el déspota mayor que conocieron los padres.

—Seré lo que tú quieras con tal de que me des los destinos que te pido.

—Pues bien, te los daré. ¿Quieres algo más?

—¡Ah! sí, me olvidaba del tercero, con quien has cometido la mayor de las injusticias.

—¡Yo!

—Sí, tú, que has despedido al pobre Tomás, al encargado de la caballeriza, ¿y por qué? ¡Vaya un motivo! Porque ayer al pedirle tu caballo de silla Almanzor, te pareció que no tenía las crines bastante limpias. Está visto que los militares sois insoportables, todo quereis llevarlo á punta de lanza; ¡ah! no sé cómo tienes valor para llamarme á mí déspota.

—En cuanto á eso no puedo concedértelo,—añadió el general haciendo un esfuerzo para fingir que se enfadaba.—Tomás sabe perfectamente que yo quiero que se cuiden bien mis caballos; le tengo asignado un buen sueldo y no debo tolerar la menor falta: además, Almanzor es un soberbio animal y quiero que se le cuide con mucha delicadeza: en fin, no me intercedas por un haragan.

—¡Haragan!—repitió Clotilde.—¡Pobre Tomás! Es un buen esposo, un buen padre de familia; me parece que si tú me vieras á mí en peligro de muerte no tendrías mucha gana de nada, y afligido al ver mi desgracia, te olvidarias, no digo yo de los caballos, sino hasta de tu persona.

—¡Ah! si yo te viera en peligro de muerte...—añadió el general estrechándola cariñosamente contra su pecho;—pero afortunadamente estás buena.

—Pues bien; Tomás es padre... ¡padre como tú! tiene una hija á quien ama con todo su corazon; la pobrecita está gravemente enferma y Tomás pasa junto á su cama todas las horas que sus ocupaciones le dejan libre. Ayer se agravó el mal de la infeliz niña; el pobre se aturdió, no sabia lo que se hacia; cuando le anunciaron que pedias tu caballo favorito Almanzor, lo abandonó todo y corrió á la cuadra, se puso á limpiarlo de prisa, y cuando tú bajaste le reprendiste duramente porque no estaban peinadas á tu gusto las crines; entonces, sin acordarte de la profunda pena que partia el corazon de aquel padre, le despedistè de casa; pero yo lo he sabido

todo, y como es un gran consuelo para una hija reparar las injusticias de aquel que le dió el sér, bajé inmediatamente á su habitacion y me encontré aquella desolada familia con el semblante triste y los ojos enrojecidos por las lágrimas.

Clotilde hizo una pausa, se llevó las manos á los ojos para enjugarse dos lágrimas, perlas fugitivas de su alma, y repuso de esta manera:

—Al verles tan affigidos, les dije: «tranquilízate, Tomás: ya que mi papá te ha despedido, yo te tomo á mi servicio, no quiero que salgas de casa ni que toques de su cama á tu pobrecita hija, que tal vez se moriría si la trasladaran á otra parte.»

Y Clotilde, cambiando de tono y mirando á su padre de un modo indescriptible, añadió:

—Conque ya lo sabe usted, general: Tomás se queda en casa, le he tomado á mi servicio.

El general estaba conmovido, era imposible resistir á las exigencias de su hija.

—Está bien que se quede, puesto que tú lo quieres.

—¡Ah! ya sabia yo que tienes un corazon muy bueno, muy generoso, y nunca se recurre á él en vano; eres el mejor de los padres y voy á darte en premio un millon de besos.

Y Clotilde, con un aturdimiento encantador, le comenzó á besar á su padre.

En este instante se descorrió el portier y un hombre se presentó en el gabinete del general Lostan.

## CAPÍTULO II.

## Un hombre agradecido.

El nuevo personaje que tan intempestivamente interrumpía la dulce escena que acabamos de describir, llevaba un traje en abierta discordancia con la rica alfombra y los elegantes muebles que decoraban aquel gabinete.

El traje de nuestro desconocido se reducía á un capote de monte de paño burgalés, un ancho sombrero de fieltro y unas botas blancas ceñidas á la pierna.

Clotilde volvió la cabeza, y al ver á aquel hombre de pié junto á la puerta, no pudo contener un grito de espanto.

El hombre del capote se quitó respetuosamente el sombrero, y avanzando dos pasos, dijo con reposado tono:

—Perdone usted, general, si he entrado en esta habitacion sin anunciarme; el ayuda de cámara me habia dicho que usted me esperaba con impaciencia.

—¡Ah! ¿eres tú, Santiago?—dijo el general volviendo á adquirir en sus facciones cierta rudeza que la presen-

cia de su hija habia disipado.—Sí, efectivamente, te esperaba.

Y dirigiéndole la palabra á Clotilde, añadió:

—Cuenta con que te cumpliré la palabra: tendrás las dos credenciales que me has pedido; puedes ir á participar tan buena noticia á tus ahijados.

Clotilde se despidió de su padre y salió del gabinete, no sin dirigir antes una mirada recelosa al hombre del capote.

Durante algunos segundos el general ni Santiago no pronunciaron una palabra; aquellos dos hombres tenian indudablemente que hablar algo importante y esperaban que Clotilde se alejara.

Por fin el general, descargando un puñetazo sobre la mesa que tenia al lado y dirigiendo una mirada centelleante á Santiago, dijo:

—¡Gracias al diablo! Yo creia que no volvias nunca: la impaciencia me devoraba.

—Señor general, no se ganó Zamora en una hora,—contestó Santiago con esa calma del hombre que cree haber desempeñado perfectamente una comision.

—Cierra esa puerta, pero da la órden antes de que no estoy en casa para nadie.

Santiago obedeció, colocándose de nuevo junto al general.

—Ante todo, empieza por decirme cómo has tardado tanto, el tren debió llegar á las ocho de la mañana, ya lo ves, son cerca de las once y media.

—Hemos tenido un pequeño percance en la estacion

de Alcalá, un ligero descarrilamiento que nos ha entretenido dos horas.

—Bien, bien,—contestó el general con cierto aturdimiento.

Y como si tuviera miedo de interrogar á aquel hombre, se levantó bruscamente del sillón y se puso á dar paseos por el gabinete.

Santiago, inmóvil, de pié junto á la mesa, como el soldado que espera órdenes de su jefe, seguía con tranquila mirada al general.

De repente se detuvo en sus paseos, se puso delante de Santiago, fijó en él una de esas miradas que pretenden leer hasta en el fondo de la conciencia, y le dijo:

—Pero... ¡no tienes nada que decirme!...

—Esperaba que usted me interrogara, general.

—¡Oh! no parece sino que te goces en mi inquietud, en mi impaciencia, en mi afán.

Y bajando la voz, añadió con acento nervioso:

—¿Qué es de Ángela?

—Anoche, al dar las nueve el reloj de la torre, sus ojos se cerraron para no abrirse jamás.

La voz de Santiago tenía algo de ese eco doloroso que levanta el remordimiento en el fondo del alma.

El general se estremeció, llevóse la mano á la frente como si hubiera sentido en ella un agudo dolor, y luego, dejando caer sin fuerza los brazos en toda su longitud, murmuró en voz baja:

—¡Muerta! ¡Muerta! Un alma mas al cielo; el cuerpo de una mártir debajo de la tierra. ¡Pobre Ángela!

—¡Sí, muerta!—repitió Santiago;—yo llegué al pueblo pocos momentos despues de espirar; Bonifacio me esperaba impaciente en su casa y me contó que la pobre señora habia muerto como una santa.

El general cogió con nerviosa mano á Santiago por un brazo, le acercó hácia sí, y como si temiera oír él mismo las palabras que iba á dirigirle, le dijo en voz baja, pero muy baja:

—Supongo que antes de morir no habrá revelado á nadie su secreto.

—El hombre que tuvo la desgracia de oírle, el desventurado á quien ella buscó para hacerle depositario del martirio de su vida, ha pagado tambien con su existencia el secreto que Ángela le habia confiado.

—No te comprendo...—añadió el general mirando con chispeantes ojos á su interlocutor.

—Habia en el pueblo un anciano honrado que fué por espacio de algunos años el amigo de confianza de Ángela: se llamaba el doctor Samuel. Algunas horas antes de morir, Ángela confió una parte de su secreto al doctor, recomendándole á su pobre hijo, que iba á quedar huérfano. Bonifacio, que es un servidor leal y á quien debe usted recompensar generosamente los servicios que nos ha prestado, acechaba la ocasion de apoderarse del precioso cofrecillo de ébano que encerraba todos los papeles de Ángela y objeto de mi precipitado viaje.

—Sí, sí, prosigue... prosigue...

—Desgraciadamente, Bonifacio no pudo apoderarse del citado cofrecillo, porque despues de muerta Ángela

y en el mismo instante en que ponía la mano sobre él, le cogió el doctor, llevándoselo pocos momentos despues á su casa. Ángela le habia hecho depositario de aquellos importantes papeles que á usted tanto interesan.

—Pero bien, ese cofrecillo...—preguntó con impaciencia el general.

—Ese cofrecillo,—repuso Santiago,—se hallaba, cuando yo llegué al pueblo, en poder del doctor Samuel, y comprendiendo que era necesario á toda costa arrebatarlo de sus manos, Bonifacio y yo, con el rostro cubierto por antifaces, nos dirigimos á casa del médico á las doce de la noche. Afortunadamente, el bueno del doctor vivia fuera del pueblo, y poseyendo Bonifacio la llave de su jardin, no era empresa muy difícil penetrar en su despacho. Y efectivamente, pudimos ver á través de los cristales de su ventana al doctor Samuel sentado junto á una mesa y leyendo con profunda atencion unos papeles.

—¡Ah! ¡serian los de Ángela!

—Sí; el general comprenderá que el deber y el agradecimiento me obligaban á terminar la comision que se me habia confiado dignamente. Aquel hombre, al leer los documentos del cofrecillo de ébano, habia firmado su sentencia de muerte. Hay secretos que matan como el veneno. Salté por la ventana...

—¿Y arrebataste el cofrecillo á aquel hombre?...—añadió el general, interrumpiéndole.—¡Ah! eres un leal servidor y sabré recompensarte.

—Un momento, general:—el doctor Samuel era uno

de esos hombres de organizacion privilegiada; me vió á su lado con el rostro cubierto con un antifaz, la mano derecha armada de un reвольver y me miró sin comoverse: ¡ah! confieso que al ver aquella frente serena, aquellas venerables canas, aquel rostro impassible y lleno de bondad, vaciló mi corazon y sentí que me faltaban las fuerzas para cometer un crimen; pero pronto me repuse, y comprendiendo que aquel hombre seria una amenaza viva suspendida sobre la cabeza de usted, me tracé rápidamente los dos caminos que me quedaban para terminar aquel asunto: ó comprar su silencio ó arrancarle la vida.

—¿Y adoptastes el último?—volvió á preguntar con impaciencia el general.

—Intenté antes el primero: le propuse que me vendiera aquellos documentos y que me jurara no revelar ni en la hora de la muerte ni una sola palabra de la historia de Ángela; pero aquel hombre tenia un alma de acero, una voluntad inflexible, un valor sereno; se negó á aceptar ninguna de las proposiciones que le hice, y entonces, bien á pesar mio, descargué mi reвольver sobre su frente, y apoderándome del cofrecillo, salí con precipitacion de aquella casa donde acababa de cometer un crimen.

Á manera que iba avanzando la relacion de Santiago, iba desapareciendo la serenidad de su rostro.

Los crímenes no se cometen nunca impunemente; cuando la ley de los hombres no los castiga, el criminal lleva dentro de sí un juez inflexible que le acusa y le impone su castigo: la conciencia.

— El general se habia sentado en la butaca verdaderamente conmovido. Santiago era el hombre que poseia su completa confianza; el dia antes le habia dicho:

— —Bonifacio me escribe participándome que Ángela se muere; sé que ha escrito unas Memorias de su vida; tiene además en su poder algunos documentos que pueden comprometerme: corre, vete al pueblo, es preciso que á todo trance esos papeles queden en mi poder.

— Santiago, leal servidor, se habia visto en la precision de matar un hombre para cumplir las órdenes del general.

Entre aquellos dos hombres, como si se levantara el ensangrentado cadáver del doctor Samuel, reinó un momento de pánico, de estupor.

Ambos á dos se miraban sin atreverse á dirigirse la palabra; por fin, como todo en este mundo tiene su término, Santiago sacó de debajo del capote el cofrecillo de ébano y lo puso sobre la mesa.

Al verle, los ojos del general brillaron como si en el fondo de aquel pequeño mueble se encerrara un tesoro de las mil y una noches.

Poco á poco sus facciones fueron serenándose, y estendiendo el brazo, colocó la mano trémula y nerviosa sobre el cofrecillo, y exhalando uno de esos suspiros que brotan del fondo del alma, dijo:

— ¡Ah! ¡por fin ya te poseo! ¡Por fin ya puedo respirar con libertad!

— Si, pero á costa de un crimen, general, —murmuró con acento sombrío Santiago;— Dios quiera que la san-

gre del doctor Samuel no caiga gota á gota sobre nuestras frentes.

—Está bien; vete, quiero estar solo, déjame.

—Cuando se ha muerto á un hombre delante de testigos, es preciso conducirse con mucha prudencia.

—¿Qué quieres decir?

—El general puede estar seguro de mi lealtad y de mi silencio. Si algun dia llegase á descubrirse el crimen que he cometido, echando sobre mí solo la responsabilidad, me veria usted subir impasible y sereno al patíbulo sin que ni una sola palabra de reconvencion brotara de mis labios; pero no debe usted olvidar que Bonifacio, si bien no se ha manchado las manos con sangre, ha sido testigo de todo lo que sucedió, que sabe una parte del importante secreto que tantos desvelos nos ha costado conservar y que es preciso que compremos su silencio antes que la justicia encuentre el rastro del crimen.

—Es verdad, mañana mismo le mandaré venir.

—Bonifacio me inspira mucha confianza, pero bueno seria, general, procurara usted mandarle á Ultramar, allí hay ciertos destinos que él puede desempeñar, y bueno es que se halle lejos de nosotros.

—Tendré presente tu consejo; pero estarás fatigado, no has dormido en toda la noche, yo tambien quiero estar solo.

—Sí, efectivamente, necesito entregarme al reposo, me seria muy útil algunas horas de sueño, pero ¿quién sabe si podré conseguirlo? Cuando se ha muerto á un hombre y este hombre ni se defendia ni amenazaba nues-

tra existencia, cuando este hombre llevaba en la cabeza la blanca y venerable corona de la ancianidad, se siente algo dentro del alma que roba el sueño y mata la paz del espíritu.

—Vete, Santiago, vete; parece que te complaces en atormentarme.

—Hace doce años yo era sargento de una compañía de cazadores, me pronuncié con ella, hice armas contra el gobierno constituido, y un consejo de guerra me sentenció á ser pasado por las armas. Mi pobre madre, loca, desesperada, muerta de dolor, se arrojó á las plantas de una niña que contaria entonces apenas siete años, le besó los piés, la cubrió de lágrimas el rostro, y con esa voz que no es posible describir, le pidió la vida del hijo de su alma que iban á fusilar.

—¿Pero á qué viene ese recuerdo?

—Aquella niña,—continuó Santiago sin hacer caso de la interrupcion del general,—era Clotilde, la hija de usted, que, arrojándose á su vez á las plantas de su padre, pidió la vida del pobre sentenciado á muerte, y usted devolvió el alma á una pobre madre que empezaba á escaparse de su cuerpo, la vida á un soldado que debia morir tres horas mas tarde.

Y haciendo una ligera pausa, durante la cual Santiago respiró con fuerza, volvió á decir:

—Desde entonces yo juré á mi madre ser de usted en cuerpo y alma, hacerle el sacrificio de mi vida, si alguna vez le era necesaria, y derramar hasta la última gota de mi sangre por la señorita Clotilde, á quien amo con

locura. El general, pues, debe estar seguro de mi fidelidad y de mi abnegacion, pero vuelvo á repetirle que es preciso que Bonifacio se aleje de España.

El general tendió una mano á Santiago, que éste estrechó con cariño y respeto.

—Vete y descansa, Santiago, y no dudes de que yo no he de olvidar ni tu consejo ni el servicio que me has prestado.

Santiago salió del gabinete. El general le acompañó hasta la puerta, y cerrando nuevamente con llave, volvió á sentarse en la butaca y abrió el cofrecillo de ébano.

## CAPÍTULO III.

## La niña enferma.

Clotilde, para quien las penas no tenían aun historia, salió del gabinete de su padre alegre y gozosa, porque, como siempre, acababa de conseguir lo que deseaba.

Cuando llegó á la antesala se detuvo vacilando un momento.

—Mi padre, según parece, tiene que hablar con Santiago; no almorzaremos hasta las doce, tengo tiempo de ver cómo sigue la pobre Juanita.

Y con la rapidez de una gacela bajó precipitadamente la escalera y se dirigió á la habitación, que es el piso bajo que ocupaba Tomás.

Clotilde era el ángel, la alegría de la casa, todos la querían con locura, porque aquella hermosa y encantadora jóven poseía un corazón tan noble que su mayor placer consistía en hacer bien.

Hay organizaciones tan privilegiadas, tan dulcemente sensibles, que no pueden ver con indiferencia las desgracias ajenas.

Para estos séres, el egoismo no existe.

—¿Ha venido el doctor Mendez?—preguntó Clotilde entrando en la habitación de Tomás.

El doctor Mendez, señorita,—contestó Brígida, que era la madre de la niña enferma,—no ha venido.

—¿Cómo es eso?—preguntó Clotilde con estrañeza;—¿no le habeis enviado mi tarjeta? El doctor Mendez es un buen amigo de mi padre, tengo la completa seguridad que me quiere mucho, y es muy estraño que no haya venido inmediatamente.

—Es que no se halla en Madrid; me dijo su criado que se habia marchado de caza, que no volveria hasta hoy por la noche, ó mañana por la mañana.

—¿De caza! ¿Marcharse de caza un médico?—esclamó con encantadora ingenuidad Clotilde.—¿Y los enfermos? ¡Oh! esto está muy mal hecho; yo te aseguro que cuando venga á verme, le reprenderé duramente.

—Yo he sentido mucho no encontrar en casa á ese caballero,—añadió Brígida enjugándose una lágrima y dirigiendo una mirada hácia la alcoba donde se hallaba su pobre niña,—porque todo el mundo dice que es un gran médico, y llevaba en mi pecho la esperanza de que pondria buena á mi pobre Juanita.

—Has hecho muy mal en no enterarte en qué sitio se halla cazando; le hubiéramos mandado un telégrama,—repuso Clotilde;—pero si mal no recuerdo, me ha dicho el doctor Mendez, que siempre que se marcha, deja á otro médico de su confianza encargado de sus enfermos.

—Sí, señorita, eso es mucha verdad, puesto que el

criado me dijo que, no estando el señor Mendez, vendria su ayudante.

—¿Y no ha venido?

—Aun no.

—Estos médicos no tienen nunca prisa; si tarda un cuarto de hora, mandarás otro recado en nombre mio, para que venga inmediatamente.

Y Clotilde, observando entonces que Tomás se hallaba sentado en una silla, en uno de los rincones de la habitacion, se acercó hácia él, y colocando una de sus pequeñas manos sobre la espalda de su protegido, repuso:

—Tengo que darte una buena noticia: ya no te marcharás de casa; mi padre vuelve á admitirte, ha conocido su injusticia, porque es bueno; de modo, que cuando tu pobre Juanita se restablezca, porque se restablecerá, no te quepa duda, podrá como antes subir todas las mañanas á mi gabinete á continuar las lecciones de piano.

—Señorita Clotilde,—dijo Tomás con profundo y conmovido acento,—es usted un ángel; nosotros no podriamos nunca pagarle los favores que le debemos;—pero mi pobre hija, mi querida Juanita está muy enferma; desde anoche no nos conoce ni á mí ni á su madre, y nos parte el corazon al penetrar en esa alcoba y verla tendida en su lecho, con la palidez de la muerte en el semblante y la vaguedad del delirio en la mirada.

—¡Bah! los padres siempre creéis que se os van á morir los hijos,—contestó Clotilde esforzándose para sonreirse; —¿qué es lo que tiene Juanita? un ataque á la cabeza, pro-

ducido indudablemente por una indisposicion de estómago; vuestro médico, que no debe ser ningun Hipócrates, os ha asustado sin motivo; pero en cuanto se presente el doctor Mendez, la receta cuatro cosas, y ya vereis como le devuelve la salud.

Y Clotilde, que decia todo aquello sin otro objeto que el de tranquilizar á los pobres padres, entró precipitadamente en la alcoba de Juanita para ocultar la emocion que sentia.

Juanita era una niña de ocho á nueve años. La estremada palidez de sus demacradas facciones, el pesado resuello de su respiracion, la inquieta movilidad de su cabeza y el brillante fulgor de sus humildes ojos indicaban que no era una enfermedad leve la que la retenia en la cama.

Clotilde se apoyó en el borde del lecho de Juanita, y acercando su rostro al de la enferma, le puso con cariño una mano sobre la frente, y mirándola con fijeza, la dijo:

—Buenos dias, Juanita, ¿me conoces? ¿No te acuerdas ya de tu maestra de piano, de la señorita Clotilde?

La niña abrió todo cuanto pudo los ojos, los fijó al principio con cierta vaguedad, luego con mas detencion en el hermoso rostro de aquel ángel de la tierra que se acercaba á su lecho de muerte.

Diríase al observar el cambio que se operó en su semblante, que aquella naturaleza débil y moribunda hacia un esfuerzo supremo para coordinar la vaguedad de sus ideas y formular la palabra entorpecida en la garganta.

La pobre niña hizo un movimiento afirmativo con la

cabeza, y sus labios se agitaron como si quisiera enviar un beso.

Clotilde, con esa esquisita sensibilidad de las almas privilegiadas, comprendió que la enferma la habia reconocido, queria hablarla y no podia, pidiéndole un beso con la nerviosa agitacion de sus labios.

La hija del general inclinó su cabeza sobre el rostro de la pobre Juanita y le dió un beso en la frente.

Este beso produjo á la enferma un placer infinito: todas sus facciones se reanimaron y con una voz débil que parecia el gemido de un moribundo, pudo, despues de un esfuerzo supremo, pronunciar estas palabras:

—Yo la quiero á usted mucho.

—¿Lo oyes, Brígida? ¿Lo oyes, Tomás? Vuestra hija me ha reconocido y dice que me quiere mucho.

—Pues en toda la noche,—añadió Tomás,—ha contestado ni á una de las mil preguntas que le he dirigido.

—Es que la señorita Clotilde,—dijo á su vez Brígida,—tiene, como los ángeles, el don de reanimar con su presencia á los moribundos.

Y aquella pobre mujer, apoderándose de una de las manos de la hija del general, la cubrió de besos y lágrimas.

—Eres una exagerada, Brígida,—volvió á decir Clotilde verdaderamente conmovida,—exagerada como todas las madres; pero ese defecto se os debe tolerar por las muchas bellezas que teneis: tu hija está malita, pero no tanto que nos entregemos en brazos de la desespe-

racion y perdamos la fé que tanta falta puede hacernos en los momentos graves.

—Sí, sí, dice usted bien, señorita, tengamos fé y confiemos en Dios,—añadió Brígida enjugándose los ojos.

—Tú ya sabes que yo me he declarado la protectora de Juanita, que no quiero que se economice nada para curarla: si cuando venga el doctor, cree que aquí no está bien, la subiremos á mi cuarto y le pondremos una cama en mi misma alcoba. ¡Oh! no faltaba mas sino que se me muriera una discípula tan aventajada, de la que confío con el tiempo hacer una gran profesora.

Y Clotilde, volviendo á inclinar su cuerpo sobre el de la niña enferma, añadió:

—Es preciso que te pongas pronto buena; tengo dispuestos unos estudios nuevos que te van á gustar mucho.

—Nuevos, sí, sí, que sean nuevos,—dijo la enferma con vacilante voz.

—¿Sabes que quiero reprenderte? me tienes muy disgustada,—añadió Clotilde.

La niña indicó con un movimiento precipitado de ojos que no comprendia la razon de aquellas reconvenciones.

—Tus pobres padres han pasado la noche junto á tu cama y nada les has dicho; ¿no te acuerdas de ellos?

Juanita sacó un brazo, y estendiéndolo, señaló con el dedo primero á su madre, luego á Tomás.

—Sí, sí, ya sé que son esos; pero los quieres mucho, ¿no es verdad?

La enferma indicó que sí con un movimiento de cabeza, murmurando al mismo tiempo:

—Mucho...mucho...

—No olvides lo que voy á decirte; si eres buena, si tomas con resignacion todos los medicamentos que te mande el médico, si amas mucho á tus padres cuando te restablezcas, ofrezco regalarte uno de aquellos llorones que tanto te gustan, que dicen papá y mamá, y comprarte un vestido para los dias de fiesta.

Juanita se sonrió. Las palabras de Clotilde parecian devolver la vida á aquel cuerpo moribundo.

El eco de una voz querida tiene cierto poder mágico que, infiltrándose en nuestro corazon, nos devuelve la energía en los momentos de mas profundo abatimiento: y es, sin duda, que ese espíritu misterioso que circula dentro de nosotros, esa emanacion divina que no se consume como la grosera materia que abandona el cuerpo cuando este, siguiendo la marcha que le ha impuesto la naturaleza, pierde la fuerza vital, esa alma que rige nuestras acciones, que purifica nuestros pensamientos y que recibe despues de la muerte el premio ó el castigo de nuestras acciones en la vida, está formada de un espíritu, de un perfume tan delicado, de una sensibilidad tal, que, como la chispa eléctrica, responde siempre que se la llama.

—¿Quién no ha tenido ocasion de penetrar alguna vez en la alcoba de un moribundo? ¿Quién no ha visto apagarse la luz de la existencia en los tristes y velados ojos de un enfermo? La muerte es un acto tan natural de la vida, que su soplo destructor se aspira en el mismo momento que se nace.

Muchas veces el lecho de un moribundo se halla rodeado de personas que le trataron íntimamente cuando la salud y la robustez fortalecía su cuerpo. Todos aquellos conocidos le dirigen la palabra deseando poner fin á la abrumadora postracion del enfermo.

Pero ¡ay! los pálidos labios del moribundo permanecen cerrados, la mirada sin luz de sus tristes ojos, vaga, distraida; la esperanza de salvarle huye de los pechos de aquellos que le rodean.

— Todo está perdido, se dicen: el enfermo ni oye, ni vé, ni tiene fuerza para formular las palabras; en vano será que le molestemos, que fatiguemos con nuestras preguntas ese resto de vida que recorre vacilante desde el corazon á las pupilas.

Pero el enfermo tiene un hijo, una esposa, una madre; cualquiera de estos tres seres queridos se acerca á su lecho de muerte con el rostro pálido por la profunda pena que le devora, con los ojos enrojecidos por las lágrimas que queman sus párpados, y cogiendo con temblorosas manos la cabeza del enfermo, le dice con ese grito, con esa voz que sólo formula el alma en los momentos sublimes de dolor, estas sencillas palabras:

— ¿Me conoces?

El enfermo se estremece, sus ojos recobran el fuego de la vida, su cuerpo se agita como obedeciendo al último esfuerzo de la existencia; aquella voz, hija del alma, le ha conmovido, aquel flúido misterioso ha penetrado dentro de su sér, y agitando con la rapidez de la electricidad su espíritu, vuelven á abrirse por la úl-

tima vez sus cerrados labios, y una voz que tiene algo de imponente como el sepulcro, se escapa de la boca del moribundo y formula un ¡padre mio! ó un ¡hijo del alma! que reasume la última palabra del poema de la vida.

Después de esta digresion que nos ha hecho hablar un poco de la muerte, sigamos á Clotilde, que ella nos conducirá á su gabinete, situado en el piso principal de la casa.

## CAPÍTULO IV.

## Un poco de música.

Como suponemos que nuestros lectores acabarán por querer mucho á Clotilde de Lostan, vamos á seguirla hasta su gabinete.

El retrato que de este personaje nos proponemos hacer, no es aun mas que un boceto. Para terminarle á nuestro gusto faltan aun muchas pinceladas, muchos detalles, y en verdad que sentimos no poseer la privilegiada pluma de Walter Scott ó Víctor Hugo para hacer una obra maestra.

Clotilde entró en su gabinete, en su poético nido, donde su hermoso corazon concebía los mas caritativos y mas bellos pensamientos en pro de los desgraciados.

Doña Mercedes, aya de Clotilde y cuya edad frisaría en los sesenta años, era una de esas señoras que no abandonan nunca el traje negro, y cuyos cabellos blancos y rostro grave y bondadoso á la par, inspiran confianza y respeto.

Doña Mercedes se habia encargado de la educacion de Clotilde desde la edad de cinco años; habia formado,

por decirlo así, aquella alma llena de luz, de pureza, de ternura, y Clotilde amaba á su aya como á una madre.

Por razones que á su tiempo esplicaremos, el general vivia separado de su esposa. Sin embargo, todos los meses Clotilde, acompañada de doña Mercedes, visitaba á su madre, y, cosa estraña, aquella niña tan apasionada, tan tierna, tan sensible, pasaba una hora junto á su madre, sintiendo un malestar inesplicable y un gran vacío en el corazón.

Clotilde mas de una vez habia rogado al general que se reuniera con su esposa, intercediendo con su irresistible eficacia para que terminara aquella larga y molesta separacion.

—Pero ¡ay! su padre, que se lo concedia todo, mostraba, al tratar de este asunto, una inflexibilidad cruel.

Era indudable que un obstáculo poderoso, invencible existia entre aquellos dos esposos, y cuantas veces Clotilde se habia propuesto descubrir la causa de una separacion que para ella era inesplicable, otras tantas el general estrechándole cariñosamente las manos, le decia:

—Es imposible, hija mia; visita á tu madre todos los meses, puesto que lo quieres, pero nuestra union no puede efectuarse jamás.

Por otra parte, Clotilde notaba en su madre cierto desvío, cierta sequedad que le helaba la sangre.

Pero no adelantemos los acontecimientos de la presente narracion.

Clotilde entró en su gabinete y fué á sentarse sobre las rodillas de doña Mercedes.

—¿Qué es eso? ¿has llorado? Tienes los ojos enrojecidos,—le preguntó el aya.

—Vengo de ver á Juanita.

—¿Y cómo sigue esa pobre niña?

—¡Ay, Mercedes de mi alma! aunque yo he procurado alentar á sus padres, creo que la pobre niña está muy enferma.

—Los niños, hija mia, tienen una naturaleza especial, y muchas veces cree uno que van á morir y á los tres días se les encuentra jugando en medio de la calle, y eso es sin duda que Dios se ocupa con predileccion de esos pequeños seres que no le han ofendido ni con obras ni con palabras.

—Sí, sí, tú ahora quieres consolarme como yo he consolado á Tomás y á Brígida, pero la verdad es que la pobre Juanita está muy mala; si vieras qué cara tiene tan pálida, unos ojos tan tristes ¡oh! parece una muerta.

—Pero bien, ¿qué dice el médico?—preguntó con interés doña Mercedes.

—¡Ah! el doctor Mendez es un pícaro, un mal amigo.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—La verdad: ya ves, marcharse de Madrid precisamente cuando yo le necesitaba.

—Pero él no lo sabia, pues de lo contrario te quiere mucho y se hubiera apresurado á complacerte, á venir á la primera indicacion.

—Sin embargo, por mas que tú trates de disculparle, yo te diré siempre que los médicos que saben tanto como el doctor Mendez nó se pertenecen y deben estar siempre

en su casa para el punto y hora en que los enfermos los necesiten.

—¡Pobres médicos!—añadió doña Mercedes sonriéndose,—no tienen jamás una hora libre, se ven siempre interrumpidos en los momentos de expansion, no son casi nunca ni dueños de su voluntad ni de su persona, y tú le reconvienes cuando tal vez el doctor Mendez habrá salido de Madrid á ver algun enfermo.

—No, no ha ido á ver enfermo alguno, ha ido de caza, esa diversion infame que consiste en matar á los indefensos pájaros que ningun daño les han hecho. ¡Oh! yo te aseguro que si pudiera le daria un revolver á cada conejo y á cada perdiz para que se defendieran de los cazadores, y entonces allá veriamos si habia tantos aficionados.

—Sí, pero como eso no es posible...

—No es posible porque no querrá Dios.

—Tambien es verdad eso. Vamos á ver, ¿qué te ha dicho tu padre?

—¡Toma! lo que me dice siempre, que sí.

—De modo que tienes una buena noticia que dar á tus protegidos.

—Antes de tres dias me ha ofrecido el general darme las credenciales.

—Si las bendiciones llegan al cielo, querida Clotilde,

—añadió doña Mercedes con maternal ternura,—es indudable que Dios te reserva un sitio de preferencia en el paraíso.

Clotilde, que hasta entonces se habia estado sentada

sobre las rodillas de doña Mercedes, se levantó y fué á ocupar el taburete del órgano espresivo, diciendo:—Ayer no tuve tiempo de repasar al órgano el Ave María de Gounod, y les he ofrecido al duque de San Plácido y al secretario de la embajada inglesa, que toca admirablemente el violoncelo, que en la próxima recepción del embajador la tocaremos los tres, es decir, yo el órgano, el duque el piano, y el secretario el violoncelo; solo nos falta encontrar un buen violín para hacer el cuarteto.

—Veo que de algun tiempo á esta parte das una preferencia muy marcada al armonium sobre el piano,—dijo doña Mercedes.

—Porque el armonium, querida aya, es el rey de los instrumentos: sus sonidos parecen creados por el genio de la sensibilidad y la ternura para conmover el alma; al menos á mí me produce un efecto tan grande, que muchas veces, sin poderme explicar la razon, estoy tocando y me caen las lágrimas gota á gota, y, cosa extraña, esas lágrimas me producen un bien, un placer, una satisfaccion infinita, siento que mi pecho se dilata y que cruzan por mi cerebro ideas llenas de amor y ternura. Verás, voy á tocar el Ave María de Gounod; apuesto cualquier cosa á que te sientes conmovida.

Clotilde dejó caer sus hermosos dedos sobre el teclado del órgano. Las primeras notas, llenas de inspiracion y sentimiento, se estendieron por los ámbitos del gabinete como un gemido doloroso.

Mercedes escuchaba á la jóven con arrobamiento, las

LAS

# FABULAS DE ESOPHO.

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE PEDRO AYIANO, ALONSO GONZALEZ, ETC.

precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula y de noticias biográficas sobre los citados Autores.

POR EDUARDO DE MIR.

## BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regular dimensiones, compuesto de unas 50 entregas, repartidas en todas las que se cobren de este número.

Cada entrega constará de 2 páginas en folio, perfectamente impresas y encuadernadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reúna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas más conocidas.

A fin de popularizar tan interesante obra, el precio de cada entrega será el de UN REAL en toda España.

PRÓXIMA A PUBLICARSE.

# LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HILLO.)

Novela de costumbres.

EN UN TOMO.

ERNESTO GARCIA LADREVESSE.

Magnífica ilustración de luminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

A UN CUARTILLO de real la entrega.

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

---

LAS  
**FÁBULAS DE ESOPPO,**

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico  
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

**POR EDUARDO DE MIER.**

---

**BASES DE LA PUBLICACION.**

---

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escedan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en fôleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reúna las condiciones de una verdadera publicacion ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de UN REAL en toda España.

---

PRÓXIMA A PUBLICARSE.

---

**LA CARCAJADA.**

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

**ERNESTO GARCIA LADEVESE.**

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

**Á UN CUARTILLO de real la entrega,**

---

Imp. de Ramirez y G.<sup>ª</sup>